

TENDÈNCIES

ANY XIV / NÚM 694
DIJOUS 25 DE JULIOL DE 2019
www.elmundo.es

DEL ARTE URBANO AL 'LAND ART'

>ARTE. Jorge Rodríguez-Gerada acaba de pintar el mural más grande de Nueva York. Instalado en Barcelona desde 2002, sus impactantes obras mezclan denuncia social y poesía, desde Beirut hasta Buenos Aires. *Página 6*

Jorge Rodríguez-Gerada con su mural de Barcelona en un piso del Eixample.



VANESSA GRAELL

Nació como Jorge en Cuba. Pero se crió como George en Estados Unidos, en North Plainfield (New Jersey), el típico suburbio residencial de casas con porche y jardín. Muy americano. Y cuando entró en la universidad recuperó su nombre hispano, esa identidad cubana que dejó atrás con sólo tres años, cuando sus padres abandonaron la isla. Ya era Jorge cuando, en los primeros años 90, empezó a escribir mensajes contestatarios sobre los anuncios publicitarios de Nueva York. Una forma de guerrilla urbana que el colectivo Artfux extendió por las calles de la ciudad para subvertir el consumismo desenfrenado y el capitalismo salvaje. «Cambiábamos la semiótica de las calles. Un movimiento que luego se llamó *culture jaming* y que hoy sería considerado como *artivism*. Pero entonces aún no había nombres...», recuerda Jorge Rodríguez-Gerada de esos inicios, de esa Nueva York a la que empezó a escaparse a los 14 años cuando hacía campana en el instituto. «Ya no existe la Nueva York que yo conocí, con esos lugares míticos y culturalmente importantes... Se ha vuelto una ciudad más aséptica», apunta.

●●●●
«Se trata de denunciar los abusos de una manera poética. No pretendo lanzar mensajes políticos con un mural. Pero sí reivindicar la importancia de cada vida. El arte contemporáneo puede ser filosófico e importante, si no, se queda en algo vacío»

Hasta Naomi Klein le entrevistó para su canónico ensayo *No Logo: el poder de las marcas* (2000) para reflexionar sobre cómo el capitalismo absorbe la crítica, la integra y la convierte en un activo. «Acabé dejando Artfux porque, con el tiempo, los productos de los anuncios que interveníamos acababan teniendo más éxito y se vendían más. Las marcas consiguieron que la denuncia las convirtiera en algo más deseable. Y también quería expandir mi práctica artística», admite Rodríguez-Gerada, que hoy es uno de los mejores muralistas de arte urbano. No viene del *street art*, pero sí de la rebeldía de calle, del espíritu de denuncia. Su filosofía es la de un humanista y su discurso se parece más al de cualquier activista de una ONG que al de un artista convencional.

Instalado en Barcelona desde el 2002, ha vuelto a Nueva York para pintar el mural más grande de Manhattan: el rostro de un niño caucásico rodeado de plantas verdes y, en sus iris, las imágenes reales de dos niños explotados en el momento en que fueron liberados (una niña poniendo ladrillos y un niño llevando madera demasiado pesada para su edad). «Al principio parece una imagen amable, pero el mensaje es muy duro. Y quería que se viera el choque con ese verde de jardín,



'FRAGMENTOS' DE PARED
Una delicada ¿escultura? hecha con la superdicie de una pared pintada, extraída de edificios abandonados durante décadas.

ARTE

Jorge Rodríguez-Gerada empezó subvirtiendo vallas publicitarias en la Nueva York de los 90. Y hoy es uno de los mejores muralistas de arte urbano. Se define como un artista humanista y tras la poética y la estética de sus pinturas siempre hay un arte comprometido.

que es como debería ser la infancia. Éste es el tipo de obra que más me interesa. Se trata de denunciar los abusos de una manera poética. No pretendo lanzar mensajes políticos con un mural. Pero sí reivindicar la importancia de cada vida. El arte contemporáneo puede ser filosófico e importante, si no, se queda en algo vacío», explica.

Si Rodríguez-Gerada tiene una marca, ésa son los ojos. «El rostro humano es increíblemente potente. Cuando naces no sabes cómo será tu rostro, pero por esa cara serás juzgado el resto de tu vida: tu color de piel, tu atractivo o no, tus rasgos... Intento profundizar en las miradas y sacar la belleza de la diferencia. Porque sólo hay una raza humana, lo demás son etnias».

Unos ojos que son identidad.

Noción que se repite obsesivamente en su obra. Como en Badalona, donde dejó un icono para la ciudad: el mural *Identitat*, hecho al carboncillo. «Yo no vengo del *street art*. Pintar al carboncillo era el *antimural*. El material es muy importante porque determina el tipo de obra», apunta. Y el de Badalona era un rostro anónimo, el de todos a la vez: tomó fotos de vecinos de cada barrio, las escaneó y tras una mezcla por ordenador apareció una *cara promedio*. «La identidad se funde con la ciudad. Es una obra efímera, pensada para que el tiempo, los rayos ultravioletas y la lluvia vayan disolviendo el carboncillo. Calculé que duraría unos cinco años, pero ha aguantado mucho más», admite. Ahora, son muchos los vecinos que no quieren que desaparezca y que incluso piden que la vuelva a pintar.

Como muralista (aunque su trabajo se sitúa en una difusa frontera entre el arte urbano y el *land art*), también se muestra muy crítico con el fenómeno del *street art* y de cómo puede conducir a la gentrificación y la especulación, como ocurrió en el barrio de Wynwood en Miami, la meca del grafiti con una cara oscura. «Los residentes fueron expulsados porque, de repente, se había convertido en un distrito *arty*. No siempre tiene que imperar la ley de la selva de un capitalismo sin escrúpulos. Hay otras maneras», lamenta Rodríguez-Gerada, que ya prepara una exposición para principios de año en la galería barcelonesa N2.



ANTONIO MORENO

EL 'ANTIMURAL'

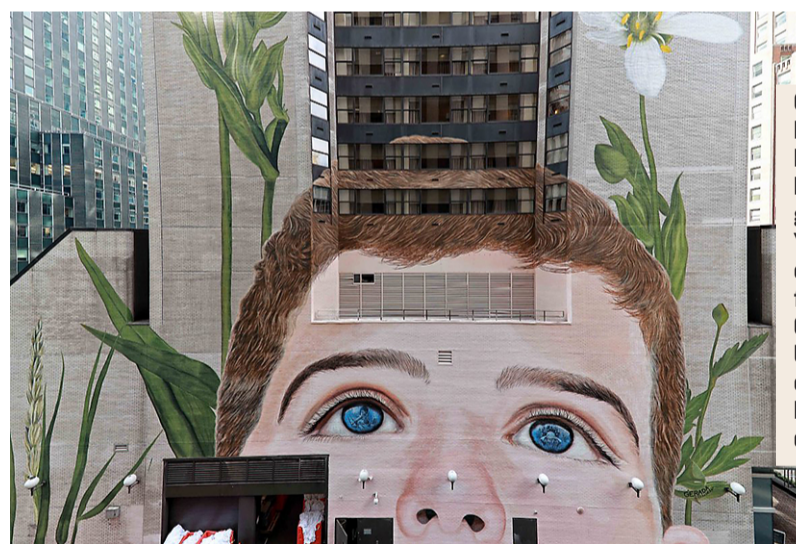
FILOSÓFICO



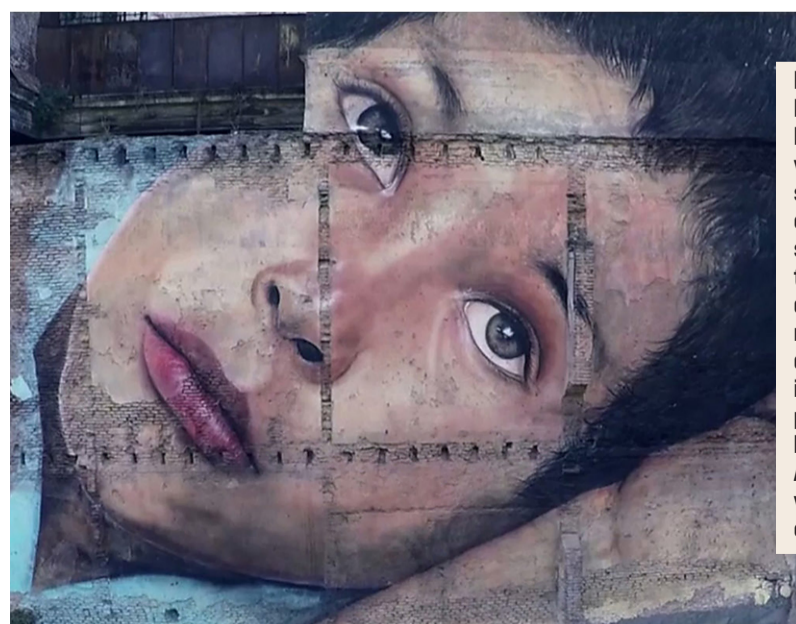
'EXPECTATION': OBAMA EN EL FÒRUM
Antes de las elecciones de 2008, el artista creó un gran mandala de Obama de 650 metros cuadrados de arena y grava.



LAS BALAS DE BEIRUT
En una fachada llena de agujeros de bala («había cinco o seis por cada diez centímetros cuadrados, una locura...»), en un edificio que esperaba ser reconstruido, pintó a un niño con un circuito de ordenador: la necesidad de educación en un conflictivo Líbano.



CONTRA LA ESCLAVITUD INFANTIL
Es el mural más grande de Nueva York (2.290 metros cuadrados), en la fachada del Westin Grand Central Hotel. Una colaboración con el International Labour Organization de Naciones Unidas.



DAVID EN BUENOS AIRES
El pequeño David vive en la calle con su padre. En su escuela-centro social los niños también podían ir a ducharse, les daban ropa y cepillos de dientes. La escuela iba a ser demolida para construir la línea de Metrobus. A pesar de la presión vecinal acabaron cerrándola.

FOTOS: GERADA ART

LITERATURA

UN CATÁLOGO DE CLAVOS, TORNILLOS, SERRUCHOS Y SILENCIOS

La escritora chilena María José Ferrada conquista los tres premios literarios más prestigioso de su país con 'Kramp', una afilada y falsamente ingenua novela con la que la autora de libros infantiles debuta en la narrativa para adultos.



MATÍAS NÉSPOLO

Todo se puede construir con clavos, tornillos, serruchos, bisagras, picaportes y martillos de la marca Kramp. Y cada cosa encuentra su precisa clasificación en el catálogo, además de su correcta ubicación en las estanterías. Incluso más, si todas las cosas en orden han sido construidas con paciencia, allí afuera tiene que haber un Gran Carpintero que las ha hecho. Eso es lo que piensa M, una niña que, haciendo novillos, comienza su formación paralela junto a su padre D, vendedor viajero y representante oficial de la casa Kramp. Dotada de un extraordinario y precoz sentido comercial, M aprende muchas cosas en la carretera, además de la picaresca y la manipulación emocional de los clientes. También que cada compañero de oficio de su padre es un mundo, y que en los desangelados pueblos del sur chileno, en los oscuros años de Pinochet, que recorren infatigables en una Renault, del Gran Carpintero no hay ni rastros. Es más, si es que existe, puede que nunca haya estado allí.

De eso trata, entre otros calvos, tornillos y tuercas sutiles, *Kramp* (Alianza Literatura), la primera novela para adultos de la escritora chilena María José Ferrada (1977) que ha conseguido la triple proeza de conquistar a la vez los tres premios literarios más prestigiosos de su país: el Premio a Mejor Novela del Círculo de Críticos de Arte, el Premio a las Mejores Obras del Ministerio de Cultura en la categoría novela, y el Premio Municipal de Literatura de Santiago de Chile. Una coincidencia que nunca se había producido en la patria de Neruda.

«Todos necesitamos completar el vacío, llenar el silencio, y los adultos también buscamos formas de ordenar el caos y explicarnos el mundo, unos con el catálogo de una ferretería, otros con la Biblia, el Corán o la filosofía. Y en última instancia, las preguntas que se hace un niño son las mismas que se hace alguien al borde de la muerte, pero quizá más claras y con menos adornos», concluye.

Periodista de formación y autora de libros infantiles de larga trayectoria, Ferrada coloniza un nuevo territorio narrativo sin ningún esfuerzo, con una nouvelle tan breve y ligera, como engañosamente ingenua. ¿Cuál es el truco? Son varios y no son trucos de prestidigitador literario, sino genuinos engranajes de una máquina narrativa exquisita. Una es la autenticidad, porque Ferrada con-



La escritora chilena María José Ferrada.
ANTONIO MORENO

fiesa sin ambages una carga autobiográfica de fondo. «Mi padre aún hoy es vendedor viajero, debe ser uno de los últimos que quedan. Yo lo acompañaba de pequeña y nunca he conocido a gente tan divertida como cuando recorriamos el sur chileno, de Temuco a Punta Arenas».

«Está claro que la novela va de «la desaparición de un oficio», a través de la cándida y a la vez extremadamente lúcida mirada de una niña. Pero no sólo de un oficio, sino también de personas bajo la dictadura. Y, sobre todo, de los silencios y vacíos insalvables que la violencia política deja detrás. De hecho, todos los personajes de la novela tienen iniciales, excepto el que ya no está, con sus nombres y apellidos completos.

«No me interesaba la Historia, sino una historia pequeñita sobre la relación de un padre y una niña. Quería que todos los personajes fueran secundarios en su cercanía, sin épicos ni héroes», explica Ferrada. Sin contar con que las iniciales también eran «una broma» o guiño a los viejos amigos y compañeros de carretera de su padre que podrían reconocerse en la picaresca de alguna escena comprometida. «Pero me cuenta que la dictadura se lo come todo, es una categoría muy pesada, y aunque no se nombre en la novela está ahí», dice la autora, consciente de que para su generación, a pesar de que desconfe de las generalizaciones, «se vuelve ineludible». Y de allí el nombre completo de un personaje que ya no está ni aparecerá jamás. «Senti que el peso del drama condensado en el nombre completo marcaba el tránsito a la vida adulta», explica Ferrada. De más está decir, que la autora echa mano de «la fórmula que se utilizaba para nombrar en los listados a los detenidos desaparecidos». Una fórmula burocrática que «cababa vaciando a ese nombre» en concreto de todo espesor humano, singular e irrepetible.

Quizá por eso, la historia de M está construida -con clavos y tornillos Kramp- con dos materiales ligerísimos: vacíos y silencios. «Muchos niños de clase media